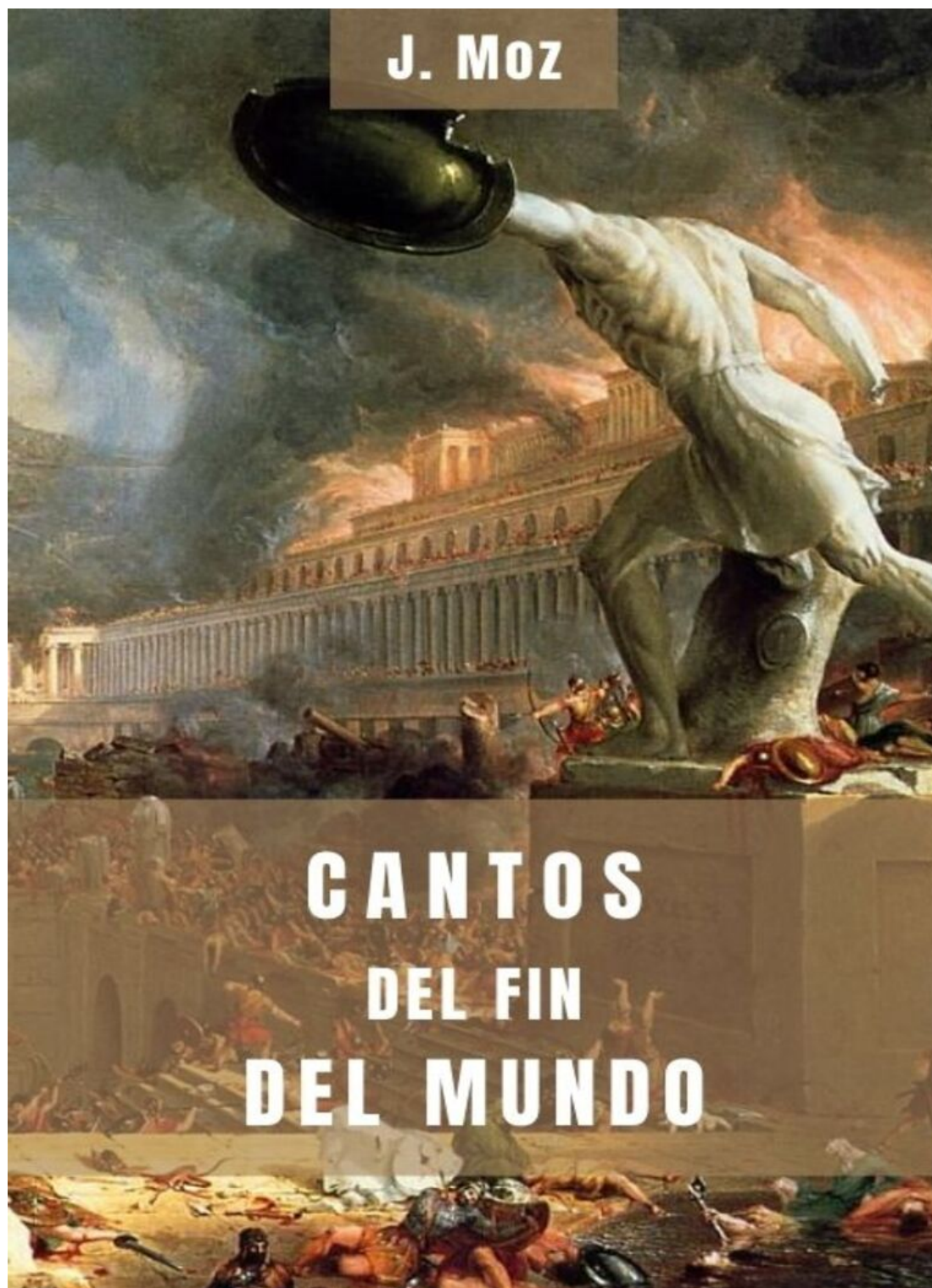


Cantos del fin del mundo

J. Moz



Capítulo 1

Indicium mortis

Yo soy el sendero de la noche,
donde se erizan los murmullos,
donde se arquean las máscaras,
donde se quiebran los sueños.

Yo soy el sendero de la bruma,
donde se rebelan los aullidos,
donde se deforman los aleteos,
donde se arremolinan las sombras.

Yo soy el sendero de la muerte,
donde se alzan las espadas,
donde se petrifican los ojos,
donde se siembran los cadáveres.

Yo soy el sendero del dolor,
donde se confunden las verdades,
donde tiemblan los rostros,
donde copulan las pesadillas.

Yo soy el sendero del vértigo,
donde reverberan las quejas,
donde se tuercen los sentidos,
donde se multiplican las risotadas.

Yo soy el sendero maldito,
el que se atraganta con la penumbra,
el que se regocija con tu miedo,
el que crece con tus dudas.

Yo soy el sendero perpetuo,
por el que atraviesan cadenas en pena,
por el que braman seres traumatizados,
por el que hieden charcos de sangre.

Yo soy el sendero.

Yo soy el verdugo.

Yo soy el ahorcado.

Yo, tú:

el mismo espejo quebrado.

Capítulo 2

Un ángel terrible

Aquí hay un ángel terrible,
un ángel temible que me dicta blasfemias en
nombre de Dios.

Suenan las trompetas,
suenan, resuenan,
se quiebra la serenidad de los sacros palacios.

Aquí hay un ángel terrible,
un ángel temible que me dicta blasfemias en
contra de quienes osaron hurtar el trono de
Dios:
que los líderes religiosos suelten el cetro y usen la
pala,
que olviden el oro y moldeen la tierra,
Dios necesita edificar una nueva Fe, única,
inquebrantable y fraternal.

Suenan, resuenan las trompetas,
aparece un ejército de ángeles:
baten sus alas, emiten sentencia,
reverberan sus voces en plena tempestad.

Aquí hay un ángel terrible,
un ángel temible que posa su mano en mi frente:
se desata una imagen mental.

Gritos y llantos agitan los aires,
descienden luces del cielo,
se abren las fauces de Gea,
los mares saltan y tocan las nubes,
se presenta el nuevo portal.

Los templos se fracturan,
se derrumban bajo el puño de Dios:
a cielo abierto se le mira al Señor.

Las vírgenes lloran milagros,
los hombres beben sangre de hombre,
se desata la sed espiritual,
la agonía se expande en la Tierra,
los hombres comen carne de hombre,
las creencias oscilan mortales.

Aquí hay un ángel que me dice:
solo hay un camino, el cual no es guiado por los

hombres;

aquí hay un ángel que me dice:

abandona toda religión y conocerás en verdad a

Dios;

aquí hay un ángel terrible,

un ángel temible que me ciega, me abraza, me

eleva.

El cielo se derrumba,

la tierra se retuerce,

se desata un terremoto de almas.

¡Ha nacido el hombre solar!

Capítulo 3

El arpa y el relámpago

Avanzan rumbo al fin del mundo

antes de que se termine su mundo.

Van aprisa, van en urgente procesión para llegar
al portal.

No se distinguen ricos ni pobres, ancianos ni
jóvenes:

todos forman una masa que avanza estirando la
noche, las horas, el instante;

todos guardan una chispa de esperanza,
de presente, de futuro;

todos atesoran cada paso, cada latido, cada
respiración.

Se olvida lo individual y se fortalece lo colectivo,
saben que juntos es la única forma de lograr el
propósito.

La noche se ha tornado una carrera de
supervivencia.

Tres días antes se lanzó la alerta y todos la
ignoraron,

las burlas y el escepticismo fueron los
protagonistas.

Ahora el tiempo se minimiza enfermo.

No obstante, que no se culpe a nadie,
que no se les juzgue,

¿quién habría de creer que el planeta estaba por
colapsar y que a través de un portal se podría
conseguir la salvación?

Avanzan, avanzan gracias a sus piernas:

el trayecto no es apto para ningún vehículo con
ruedas.

El crepitar de los pasos se alza como plegaria
cansada, mas no vencida.

Hay quejas, llantos y gritos esporádicos que
aletean confusos en el silencio;

hay una zozobra grupal que punza y hiere
agigantada;

hay pánico en cada pecho y desesperación en
cada boca.

Solo la mirada puede aferrarse a la vida,
hacia el horizonte,
donde se vislumbra aquel portal luminiscente.

Sin embargo, muchos se han quedado en el
camino,
otros tantos ni siquiera intentaron la huida:
ya sea porque el escepticismo permanece,
ya sea porque el temor a lo desconocido es mayor
que el temor a la muerte,
ya sea porque se está enfermo o incapacitado.

Avanzan, avanzan como perros sedientos,
como almas enfermas,
como cadáveres sin funeral.
La marcha decrece,
los ánimos se apagan,
los cuerpos se debilitan,
la fe se esfuma:
la noche se ha vuelto pesada y no llevan ni la
mitad del camino:
parece que deben cruzar el mundo entero
cuando solo son algunos kilómetros.
Qué artimañas tienen el tiempo y la distancia
cuando en una noche se comprime toda una
vida.

Una alarma brota insidiosa,
estremece el ambiente y retuerce el espíritu.
Ha transcurrido otra hora, el aviso es incisivo:
hay menos tiempo.

Atraviesan caminos terregosos y en el aire
revolotean volutas de tierra.

La visibilidad y la respiración se complican,
las voces enmudecen y emergen carraspeos,
tosidos, estornudos.

El portal se observa difuso y la oportunidad de
sobrevivir se torna ciega.

El territorio es el mismo que recorrió cada
ciudadano innumerables ocasiones
antes de que se deformara:

ahora es horrorosamente ajeno.

De repente, un ruido perturba el momento.

Todos se detienen:

escuchan el clamor titánico y se conmocionan al
compás de una fe petrificada.

Es otro terremoto.

El colapso aumenta y aumenta mientras los
lamentos surgen despavoridos:

ya no hay tiempo,

ya no hay futuro,

ya no hay portal:

cada persona es un escombros en el fin del mundo.

Capítulo 4

Corpus tenebris

Hay un grito universal esta noche.

Del cielo caen cuerpos y más cuerpos:

gritan en la caída, imploran, salpican.

Las almas se enredan en el aire

y las lágrimas de nuestros muertos

se mezclan con las nuestras.

Y caen los tronos.

Y caen los ejércitos.

Y caen las estrellas junto a más cuerpos.

Todo es un hoyo donde duermen tempestades

y de un día para otro se levantan las tinieblas.

Hay un grito universal esta noche

bajo el relámpago que troza las plegarias,

frente al llanto que escurre por las tumbas,

contra el odio que aniquila las ciudades.

Miles de cuerpos fluyen

con el alma arrodillada,

con el llanto inmenso,

entre la penumbra que no deja de lamer estruendos.

Ya mañana,
mañana la plegaria será recuerdo,
cuando el silencio cubra los cuerpos caídos.

Capítulo 5

Himno del caos

He ahí los cuerpos abiertos,
ante la vista flagelada,
triste, rota, delgada:
gimen corazones desiertos.

He ahí la vil conjura,
donde goza el más impío
y ante el cuervo tan sombrío
se debate la locura.

He ahí el oscuro trino,
elevándose notable,
grande, frío, inefable,
a sus rodillas el laurino.

He ahí el ojo ceniciento,
de recuerdos incendiarios,
donde abundan los falsarios
de reinado truculento.

He ahí la carcajada
y el gesto tan abyecto,
que al alma desgarrada
defiende el circunspecto.

He ahí el gran converso,
agitando su melena,
sin saber que su condena
es el llanto de lo adverso.

He ahí la falsa arcana,
cuya lengua no domina
y con saña de lobina
se retuerce la profana.

He ahí el rufián que abisma
la cantata más obscena
donde ciñe la cadena
el que ruge sin carisma.

He ahí la más fingida,
entre llantos y entre gritos
enmascara sus delitos

y su impulso genocida.

He ahí el eterno acero,
sobornando su victoria,
corrompiendo la memoria
bajo el signo del artero.

He ahí el eterno fuego,
que al noble pueblo aterra
y en sus labios todo encierra:
moribundo es nuestro ruego.